

Los destinos invisibles

NEFELIBATA



ESHKOL NEVO

Los destinos invisibles

Traducción del hebreo de Eulàlia Sariola



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Título original: *Neuland*

© 2011 por Eshkol Nevo

Publicado gracias al acuerdo con el Translation of Hebrew Literature

© de la traducción, 2017 por Eulàlia Sariola

Traducción al español gracias a la cortesía de Fundació

Metta Saade, A.C., de México, y a su presidente Marcos Metta Cohen.

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo de 2017

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

DL B 23979-2016

ISBN: 978-84-16634-12-5

Código IBIC: FA

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime. Mallorca 1. Barcelona 08014 (España)

www.grafime.com

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi abuela, Praja Frishberg (1916-2010).
Si no hubiese venido de allá, yo no estaría aquí.

Inbar y Dori. Misiles

Para: Dori

De: Inbar

Asunto: Preocupada por ti

Conseguí tu dirección de correo electrónico por medio de la web de tu instituto. Ya sé que acordamos que no mantendríamos correspondencia, pero supe que te iban a movilizar para la reserva militar. Entonces mi corazón cesó de latir. Solo quiero saber si todo te va bien.

Luego, prometo no molestarte más.

Para: Inbar

De: Dori

Asunto: Re: Preocupada por ti

Hola,

estoy bien. Siento estropear la imagen de héroe, pero finalmente no me han movilizado. Me reincorporé a la unidad al día siguiente de mi llegada. Me tuvieron de plantón un día entero esperando al oficial de enlace que tenía que decidir qué haría conmigo. Nada ha cambiado en la cantina militar. Incluso sigue estropeada la máquina de bebidas. Al anoecer me mandaron para casa y me dijeron que estuviera alerta por si acaso. Están cubiertos todos los puestos de vigía, pero podría ser que tuvieran que mandarme al norte.

¿Qué tal va tu abuela? ¿Ha vuelto en sí?

Esto es un auténtico manicomio. Mis suegros han venido huyendo del kibutz desde que un misil cayó en pleno comedor y, desde

el instante en que llegaron, esto parece Neuland: asambleas, órdenes del día, instrucciones. También viene a menudo mi hermana con sus hijos porque le da miedo dormir sola. Hay colchones por los rincones, como los que había en casa de mis tíos en Arad durante el festival. Ayer por la noche, al ir al baño, tropecé con alguien y hasta ahora no tengo ni idea de quién era. A lo mejor un extraño que aprovechó la confusión para dormir en nuestra casa. O quizás sea yo el extraño en mi propia casa.

Escríbeme. Aunque no estoy seguro de que sea una buena idea mantener correspondencia.

Dori

Para: Dori

De: Inbar

Asunto: Re:Re: Preocupada por ti

Hola,

¿oíste mi suspiro de alivio? ¿Ha conseguido llegar hasta Jerusalén saltando sobre Castel?

¡Es estupendo que hayas respondido! Y qué bien que no estés allí, en el frente. Quiero decir, estoy segura de que eres el mejor vigía del ejército; sin embargo, desde mi punto de vista impaciente y mezquino, espero que no te necesiten.

¡También mi casa es un manicomio!

Respondiendo a tu pregunta, mi abuela pasa de unos instantes de gran lucidez a otros de absoluta confusión. En los dos estados no cesa de discutir con mi madre. Más o menos así: No me lo digas/Ya te lo digo yo/Hace calor, conecto el aire acondicionado/El aire acondicionado no es sano, Hanna/Pues sí lo es/¿Tan sano como vivir en Alemania?/Mi compañero es alemán, qué se le va a hacer/¿Qué hizo durante el Holocausto?/Ya te lo dije, mamá, era un niño/¿Qué hizo su padre, entonces?

Y si con eso no bastara, de repente aterrizó mi padre. Tenían ya los billetes encargados y no se podían cambiar y, visto desde Australia, «Esto no es una guerra verdadera, solo una operación que va a durar algunos días.» Así que aterrizaron él y su nueva mujer con

mi medio hermano; han tomado una habitación de hotel y vienen a visitarnos a horas convenidas para que mi madre se pueda ausentar antes de que lleguen. ¿Lo entiendes? Y a alguien como yo, le han encargado preparar un programa de radio sobre los problemas familiares.

Y eso no es todo. Ayer en la noche todos, frente al televisor, intentamos calcular dónde se encontraría «*ba'ada Haifa*» y «*ba'ada, ba'ada Haifa*» (en los alrededores, en los alrededores de Haifa) y Eytan me preguntó si no me importaría que si los misiles llegaran a Yokneam, albergáramos a su familia; entonces le contesté que daba igual cinco más o cinco menos.

¿Recuerdas que hace solamente unos días estábamos en Neuland, Dori? «Ahora me parece tan lejano», es lo que dice la gente, ¿verdad? Pero no es cierto. Por lo menos en lo que se refiere a mí. A veces aún me dirijo a las personas en español, la imagen del paisaje todavía perdura en mi cabeza, el ritmo del viaje, en mi cuerpo. Y tú, para serte sincera, todavía fluyes por mis venas.

¿Volverás a escribirme?

Tuya,

Señorita Inbar

PD

Lo de mi abuela me entristece. Es muy duro verla en ese estado. Siempre fue mi ánora de salvación.

PD₂

Esta guerra tiene algo de sinsentido. ¿No lo crees así? ¿Pudiera ser que el señor Neuland después de todo llevara razón?

Para: Inbar

De: Dori

Asunto: Re:Re:Re: Preocupada por ti

Señorita Inbar,

estos correos me recuerdan el final de mi servicio militar, cuando nos llevaron de visita al departamento de investigación del Cuerpo

de Inteligencia. Entonces ya existían los ordenadores, pero todavía no eran totalmente seguros, así que las informaciones confidenciales las mandaban en cajas a las secciones principales por medio de una red de tubos aéreos. A esas informaciones las llamaban «misiles», un mecanismo al vacío las propulsaba en forma de rollo hasta la caja privada de quien estaba autorizado a leerlos. ¡Has recibido un misil!, anunciaba el adjunto al jefe de sección.

Así es como me siento cuando veo tu nombre en la bandeja de entrada. Espero que guardes mis correos en un archivo privado. Solo con pulsar la tecla de reenvío, estoy muerto.

Debo decirte que, por mi parte, nuestro viaje sí me parece lejano. Hay algo en los hijos que no te dejan otra opción más que simplemente existir. En lo que respecta a mi hijo todavía es más evidente (de hecho nunca habíamos hablado de él, ¿verdad?), me ha puesto a prueba desde mi regreso. Los dos primeros días no se dejaba abrazar. Luego, permitió que lo abrazara, pero no me devolvía el abrazo. Por las noches realmente era una pesadilla. El pequeño Edipo se había acostumbrado a dormir con su madre y no le gustó nada que ocupara su lugar. Así que hacia las tres de la madrugada se levanta de la cama, viene a la nuestra y empieza a echarme a puntapiés. Y a este niño, no tengo otro modo de expresarlo, lo amo con locura. Siempre hemos tenido una relación estrecha. Es un niño extraordinario (objetivamente...). Listo, sensible, guapo. Pero antes de mi viaje tuvo muchos problemas. Cuando lo dejaba en la guardería, las despedidas eran insostenibles. Sus compañeros no querían venir a casa. No conseguíamos comprender el porqué. Había otros detalles que nos dejaban perplejos. Como lo de que la casa olía mal y, a pesar de todo lo que hicimos para ventilarla, él seguía berreando por eso. Siempre lloraba antes de mi partida. Y resultó que precisamente mi viaje ha conseguido lo que la terapia familiar de un año no había logrado: el niño ha dejado de llorar y va feliz por la vida, como si yo o quizá nuestra relación hubiera sido el problema real durante todo el tiempo.

Espero que no te moleste si te hablo de ello. Sencillamente, me parece extraño escribirte sobre algo distinto cuando eso es lo que me preocupa realmente.

Para que comprendas hasta qué punto estamos conectados él y yo, ayer estaba bañándolo y de pronto alzó los ojos, azules como los de mi padre, y dijo:

Papá, ¿quién es Inbar?

Te lo juro, es lo que dijo.

No sé, le dije, ¿puede ser una niña de la guardería?

No, respondió seguro. No hay ninguna Inbar en la guardería. A continuación me pidió que le llevara los colores para pintar en la bañera y se olvidó de la historia.

Pero yo no. Nunca antes me pasó algo como contigo, Inbar. Y no tengo ni idea de cómo asimilarlo. Quizás no haya modo de asimilar algo así y el camino no emprendido deba quedar fuera de la realidad. Lo que significa que debemos dejar de escribirnos. Ya mismo. De hecho, ni siquiera debería mandar este correo.

Dori

PD

Es triste de verdad constatar el declive de una persona amada. Tengo el mismo recuerdo de mi madre. Al final ya deseaba que muriese.

PD

La última, ya.

Esta guerra parece cada día más extraña. No sé si el señor Neuland está en lo cierto, pero he sacado en limpio una buena lección de mi visita allá. Ayer llamé a alguien que enseña música en mi instituto y le pregunté si estaría dispuesto a darme clases prácticas de trompeta y quedamos para la semana próxima. Estupendo, ¿verdad?

Para: Dori

De: Inbar

Asunto: Cuando realmente se quiere cortar una correspondencia, no se termina con un signo de interrogación

Estoy contenta de comentarte que nosotros tenemos también los colchones en danza. Un misil Grad cayó a cincuenta metros de la casa de la familia Eytan, en Yokneam, y también ellos se han refugiado aquí.

Mi padre y Eytan han sacado del patio todos los trastos que había allí acumulados, lo han limpiado y cerrado con lona y han puesto luz y un ventilador, así que, ahora, disponemos de cuatro habitaciones.

Incluso el olor de la casa ha cambiado estos últimos días. Cada casa tiene su fragancia particular y la nuestra poseía un olor que iba desde el *after shave* de Eytan, que pasaba por mi champú, por el suavizante preferido de los dos y por el aroma algo rancio que desprende la vieja alfombra del salón.

Ahora hay toda clase de olores nuevos: el efluvio a vejez de mi abuela. La fragancia de un perfume alemán que al parecer mi madre ha comenzado a utilizar. El olor a chocolate que deja Reuven tras él. El de perplejidad que acompaña a mi padre. Y el más intenso de todos: el olor a sudor de los hermanos adolescentes de Eytan. O para ser más precisa: el olor a desodorante barato que se aplican en las axilas después de transpirar.

No te equivoques. Me encanta la familia de Eytan. Aunque se me hace extraño vivir con ellos sabiendo que voy a separarme de él muy pronto.

En mi fuero interno, bajo un caparazón de autoconvicción, hace tiempo que sé que debo hacerlo. Dos encuentros me han ayudado a admitirlo.

El primero, contigo. El segundo con Reuven. Mi hermano. Es muy cierto lo que me escribiste, que los niños nos obligan simplemente a existir. Desde el instante en que franquea la puerta de la casa, le pertenezco por completo. Durante las horas que está conmigo no pienso en otra cosa que en hacerlo feliz (¡incluso ni pienso en ti!). Jugamos a todo lo que me pide: lego, escondite, corre-que-te-atrapo. También le enseñé ¡un, dos, tres, escondite inglés!, y cada vez que lo pronuncia con su acento australiano «ashcondithe inglés», me muero de la risa. Me encanta estar con él. Y a él conmigo. Gracias a Reuven he comprendido mi error: no es que no quiera tener hijos, no los quiero tener con Eytan.

Entonces, ¿por qué no lo dejas? Escucho cómo tu voz profunda lo pregunta a través de los montes de Judea.

Porque, a pesar de todo, Mister Dori, hace falta valor para dejar a alguien que te ama tanto.

Ahora estoy consiguiéndolo, el valor. Un día tras otro. Una hora tras otra.

También espero un poco a que termine la guerra y sea posible en esta casa entablar un diálogo normal sobre la separación.

Tuya,

Inbar

PD

¡Es estupendo que vuelvas a tocar! Tocabas maravillosamente en Neuland. Como si los tambores fuesen la continuación de tu cuerpo. Y estoy segura de que serías también una estrella con la trompeta. Y que aparecerás junto a David Broza en los refugios, en la próxima guerra, y podré contar que estaba allí cuando todo comenzó. De todos modos, cuéntame cómo ha ido el curso. Por cierto, también yo he empezado finalmente a escribir. Aún no mi gran novela, sino un relato corto que trata de una joven judía de Buenos Aires que se enamora del hijo de un nazi refugiado en Argentina (en estos últimos tiempos me ocupan los amores imposibles, no sé por qué...).

PD₂

No te preocupes por el reenvío. No quiero que mueras.

PD₃

No te preocupes tampoco por tu hijo. Cuando descubrí que mi padre tenía una nueva familia me enfurecí. Pero es imposible estar enfurecido con una persona a la que te unen vínculos tan fuertes. La prueba es que ahora está aquí y no siento rechazo hacia él. Bueno, casi no.

Para: Dori

De: Inbar

Asunto: Una idea

Hola,

sé que debería esperar a que me respondieras. Pero de repente pensé en lanzarte una nota por encima del muro que diga así: ¿Y si nos vemos?

Sé que es arriesgado. Primero, don Ángel ha dictaminado que soy audaz por naturaleza. Segundo, estoy harta de escribir correos hipócritas que enmascaran mi deseo de verte. Y en tercer lugar, el lunes de la próxima semana estaré en Jerusalén.

Para: Inbar

De: Dori

Asunto: RE: Una idea

No me lo parece, Inbar. Es decir, es tentador. Muy tentador. Echo mucho de menos nuestras conversaciones. Cuando escucho en las noticias eso de «el pueblo de dura cerviz», me acuerdo de tu mano acariciándome la nuca camino de Neuland. Pero no puedo verme contigo. No ahora. Y probablemente más adelante tampoco. Esta correspondencia también me complica la vida. No soy de ese tipo de persona, lo sabes. Nunca supe mentir. Estoy contento por ti (de verdad) por la decisión que has tomado. Pero para mí las cosas son más complicadas. No me parece bien mezclarte en ellas; pongamos que también yo me hago preguntas sobre lo que ocurrió con mi padre y del encuentro... contigo. Solo que en mi caso se trata de un trío y ¿qué dijo don Ángel? La geometría de un triángulo es algo complejo.

Mi abuelo me dijo una vez: me contento con que no cometas los mismos errores que yo, pasar la vida entera pensando en otra mujer. Creo que rehúso tu invitación; no obstante, también así, sin vernos, pienso bastante en ti. Por favor, trata de comprenderme.

Dori

PD

Aquí las noches pueden ser frías, si vas a venir a Jerusalén, toma una *chaquetita*.

Para: Dori

De: Inbar

Asunto: ¿Fima?

Mi abuela tuvo un enamorado llamado Fima. Lo conoció en un barco

rumbo a Israel y no tengo ni idea de si ocurrió algo entre ellos, aunque desde entonces ella soñaba siempre con él y por la mañana le contaba sus sueños a mi abuelo. Yo, en el lugar del abuelo, hubiese tenido celos –una parte de los sueños era realmente explícita–, pero él solo la escuchaba mientras le acariciaba la mano con paciencia.

Cuando él murió, yo ocupé su puesto. La llamaba desde el trabajo y nos contábamos, la una a la otra, nuestros sueños nocturnos. Incluso los más embarazosos.

Su estado ha empeorado últimamente. Si antes los momentos de lucidez y los de confusión estaban en cincuenta-cincuenta, ahora están en veinte-ochenta. No consigue recordar cómo se llama Eytan, por ejemplo. Lo llama con todos los nombres de mis antiguos amigos, excepto por el suyo. Él no se ofende, no es de esos. Aunque cuando llama a mi madre con el nombre de alguna de sus amigas, ella sí se ofende. Sigue cuidándola, pero cada vez que se equivoca con su nombre, le sale otra cana.

A mí siempre me reconoce. Siempre. Me llama *Tsipke Feuer*. Pájaro de fuego. A veces, también, Inbarita.

Cada mañana se sienta frente a la ventana en una silla que ha traído de su casa; entonces me pide que le coloque el ventilador en frente del rostro, en el punto tres, y que le prepare un té normal marca Wissotsky, no uno de esos nuevos con nombres ridículos. Cuando le llevo la taza con las hojas, la agarra, bebe a pequeños sorbos y me pide que salga de la habitación porque tiene necesidad de hacer algo. Ayer no pude contenerme y le pregunté qué hace cuando se queda sola. Se calló un instante, tomó un sorbo y dijo: «¿Qué puede hacer una mujer de mi edad? Recordar».

Finalmente no fui a Jerusalén. En realidad no tenía una cita. Soy la hija de Yosi Benvenisti, sabes. Miento siempre a todo el mundo y a mí misma. Contigo lo he intentado lo menos posible, pero el escorpión termina por clavar su aguijón.

Tuya, sinceramente, *señorita* Inbar

PD

La casa de mi abuela fue alcanzada ayer por un impacto. O sea, no tiene casa a la que regresar. También al otro lado de la frontera hay

miles de personas sin casa. Y lo más absurdo es que toda esta guerra se repite. ¿Crees que desde ahora todas las guerras volverán a repetirse en sentido contrario? ¿Entiendes por qué tiene tanta fuerza lo que el señor Neuland trata de hacer? Es verdad que por medios radicales, pero quizás solo los medios radicales puedan funcionar cuando todo está bloqueado.

Para: Inbar

De: Dori

Asunto: *Tsipke feuer*

Es muy apropiado este apodo para ti

Ayer –me pediste que te lo contara, ¿verdad?– fue mi primer día de clase de música. Pero antes que nada, deja que te lo diga, no solo tú tienes jaleo, yo también. La casa de mi profesor se ha convertido en una perrera. Hay un Golden Retriever de Kiryat Shmone. Un Teckel de Acco y un mestizo de Gush Jalav. Fueron abandonados por sus amos, que huyeron al centro del país, y él fue allí, los recogió y se los trajo a casa. Cuando entré, todos los perros abandonados me saltaron encima y no conseguí imaginarme cómo podríamos hacer la clase así. Entonces, él me llevó a la sala acústica, que tiene el techo forrado de cartones de huevos, cerró la puerta y me dijo: Toca. ¿Qué toco?, pregunté. Lo que quieras, dijo él. Limpie el polvo de la trompeta del abuelo Fima y toqué un fragmento que una vez me había enseñado. No tengo ni idea de cómo se llama este fragmento. Algo judío, melancólico. Mientras tocaba, me acordé del abuelo, de cómo estaba conmigo horas y horas, pacientemente. Me llevaba a sus actuaciones, a las que esperaba que acudiera mucha gente, y siempre iba muy poca. Pero no importa, solía decir, porque aparte del amor, la música es la única cosa que hace la vida soportable.

Me acordaba de eso mientras tocaba. Cuando terminé, el profesor dijo: OK, cometes siete errores por minuto, pero tienes alma de músico. Empecemos a trabajar. Mientras trabajábamos pensé: cuánto tiempo hace que no estoy en el lugar del que aprende, del que recibe, de hecho desde la universidad, y qué bonito sería que

mi abuelo y mi madre, quienes siempre opinaron que era una lástima que no tocara, me vieran ahora desde lo alto.

Dori

PD

Mi hermana empieza a decir que ella también quiere ir a Neuland cuando la guerra termine. No sé qué decirle.

PD2

¿Cómo se llama tu abuela?

Para: Inbar

De: Dori

Asunto: Muy tarde (espero que no demasiado tarde).

Sé que te toca a ti, ahora, pero no consigo dormirme. He dado vueltas en la cama durante dos horas y al final he vuelto al ordenador. De repente, con un retraso de dos semanas (soy lento, lo sé), se me agolpan las imágenes del viaje en la cabeza. Voces, sonidos, personas. Por ejemplo –creo que no te lo conté–, Alfredo y yo nos detuvimos en una especie de tiendecita camino del mercado de Otavalo para resguardarnos de la lluvia. Fue antes de encontrarnos contigo. En resumen, cuando el dueño de la tienda se enteró de que yo venía de Jerusalén, insistió en darme una nota para que la colocara, de su parte, en el muro. Lo había olvidado completamente, pero ayer me puse los pantalones que llevaba aquel día y la encontré. En el bolsillo. Que sepas que desde entonces los pantalones se han lavado por lo menos una vez, pero el papel, de alguna forma, no se ha estropeado ni borrado. Siento que debo llevarlo al muro porque, si no, algo me va a suceder. Y... pensé en proponerte que me acompañaras.

No ahora, por supuesto. Después de la guerra. Cuando nuestras casas se vacíen de huéspedes, y el cielo de aviones de guerra.

¿Qué me dices? Sé que es justamente todo lo contrario de lo que te dije anteriormente. Y lo último que deseo es volverte loca, pero todo el día estoy conversando contigo en mi cabeza, Inbar, y estos correos cada vez están menos conectados con la realidad, y crean

un mundo aparte, utópico, y quizás si dejamos de escribirnos y nos vemos de verdad –una sola vez, no más– nos ayudará a librarnos uno del otro de verdad. Y, finalmente, terminar nuestro viaje.

Si no aceptas, lo entenderé. Pero de todos modos...

Tuyo, Dori

Dori. Un mes antes

Suerte que es de noche, piensa en el umbral de la habitación de Neta. Si el vuelo fuera diurno se vería obligado a arrancarlo a la fuerza de su cintura. Ya había ocurrido varias veces, tuvo que quedarse en casa porque no podía soportar su llanto. En otras ocasiones, cuando se iba, el niño se subía a la silla alta de plástico, abría la ventana que daba a la calle y para que todo el mundo lo oyera, chillaba, no te vayas, papá, no te vayas, como si su padre abandonara la casa para siempre y no solo para ir a jugar básquet.

Durante los días en que preparaba el viaje, Dori deseaba fervientemente no tener que viajar. Que en el último instante su hermana Tseela se recuperaría, y también su ex marido Aviram, y que dejarían de lado por unas semanas la rabia y los insultos acumulados durante su fea ruptura; de ese modo su hermana podría viajar sola, ya que, después de todo, ella siempre había sido la niña de papá, y él el niño de mamá, en esa sobreentendida división que se da en las familias, y ella también era la que estaba en contacto con su padre desde que se fue de viaje.

Aunque eso no ha ocurrido. Su maleta espera junto a la puerta. El taxista acaba de llamar para decir que vendrá a recogerlo un poco antes, porque hay un embotellamiento en el acceso al aeropuerto.

Entra al cuarto. En el suelo, los pequeños zapatos de Neta, una pieza perdida de lego de color rojo y *Bob, el hombre en la Luna*, que le había leído antes de acostarse. Cuando terminaron, cerraron el libro y él se acostó a su lado, su largo cuerpo junto al cuerpo minúsculo. Recuerdas que mañana me voy de viaje, dijo. ¿Estarás en

mi cumpleaños?, preguntó Neta. Lo intentaré, respondió. ¡Prométeme que estarás!, le exigió Neta. Te prometo que lo intentaré. Iba con cuidado aunque, en su fuero interno, creía que Tseela se preocupaba demasiado, su viaje no le llevaría demasiado tiempo. ¡Uf, pa-pá!, dijo Neta, y Dori se puso tenso por el estallido que le agudaba, las piernas pateando la manta, los pequeños puños golpeando la almohada, los ojos atisbando entre los intersticios de los dedos...

Sin embargo, Neta, por lo visto, estaba más cansado que enojado, gracias a Dios, así que cerró los ojos. Dori le acarició el cuero cabelludo, a través del fino pelo, con movimientos concéntricos, lentamente. Hasta que la respiración del niño alcanzó el sueño.

Lo observa de nuevo. Qué guapo es este niño y cómo engaña su postura mientras duerme. De espaldas. Con los brazos abiertos. Con generosidad. Realmente se puede llegar a creer que es un niño feliz.

Se inclina sobre él y lo besa en la frente, un beso suave para no despertarlo. Otro en la mejilla. Y uno más en la otra mejilla.

No le apetece salir de viaje. No le apetece. Quiere enterrar la nariz una y otra vez en su olor, olor a champú suave y a pijama con el que ha dormido varias noches y del que se desprende aún el olor a suavizante y a leche caliente con una cucharadita de azúcar moreno que bebe antes de acostarse, más una pizca del perfume de Roni, que se le ha pegado al darle el beso de buenas noches.

De pronto llama de nuevo al taxista. Está ya en el parking del edificio de la calle. Mientras, ha averiguado la causa del embotellamiento en el acceso al aeropuerto. Parece que hay una alerta de atentado y detienen a todos los vehículos para inspeccionarlos minuciosamente. Así que hay que darse prisa. Un minuto, promete Dori.

Sale de la habitación de Neta en penumbras, a la luz, y saca del bolsillo la lista que Roni le ha preparado con su letra impecable. Ha subrayado todos los elementos de la lista, para comprobar que ya están en la maleta o en la bolsa que va a embarcar, pero así y todo tiene la sensación de que olvida algo. Comprueba lo habitual: pasaporte, billete, carnet de vacunación, gafas de sol, libro de historia, fotos de su padre. Luego se acerca al dormitorio donde encuentra a Roni atrincherada en su cobertor. Solo asoma un rizo. Las primeras veces que se acostaron juntos en la casa de Nahlaot tenía miedo

de que se ahogase por falta de aire, y cuando estaba dormida, retiraba el cobertor de su rostro. Con el tiempo se ha acostumbrado. Resigue con los dedos el camino de un mechón de pelo hasta llegar a la cabeza, entonces Roni se vuelve hacia él, abre los brazos y lo atrae hacia sí en el abrazo prometido. A lo largo de la última semana, se ha comportado con él como si deseara que hubiera partido ya. Al anochecer, ella se encerraba en el estudio alegando que «¡Todos esos correos solo representan más y más trabajo!». Y, una vez, cuando intentó tocarla después de leer y de apagar la luz, su cuerpo se tensó y se retrajo. Ten mucho cuidado allá, le dice ahora. Todavía tiene los ojos cerrados y él se pregunta si todos sus movimientos se deben a la somnolencia o son fingidos, evita mirarla a los ojos, como ha hecho durante esta última semana. Quizás también durante el último año.

Cuida de Neta, le dice mientras la arropa con la manta y piensa, realmente me voy de viaje. Esto ocurre de verdad. A continuación se saca del dedo la alianza y la deja en el tocador, ya que al lugar adonde va no se anda luciendo oro, vuelve al salón y apaga todas las luces, excepto las del baño, pues Neta chilla si no la dejan encendida, aspira por última vez el aire de la casa y de nuevo piensa, me olvido algo, me olvido algo, me olvido algo, mierda, cierra la puerta con dos vueltas de llave, deja la llave en el armario de los contadores junto a la cucaracha muerta que yace así de espaldas desde hace ya meses sin que a nadie le importe.

El aire nocturno impregna sus fosas nasales, y pronto lo sustituye por el humo del cigarrillo del taxista que se ofrece a llevarle la maleta y colocarla en el maletero. El taxista debe de tener la misma edad que su padre, así que la coloca él mismo, a continuación toma asiento en la parte trasera del coche y deja la maleta de mano junto a él.

¿Podemos ponernos en marcha ya?, pregunta el taxista.

Sí, masculla Dori. Corto. Seco. Directo.

¿Negocios o placer?, sigue indagando el taxista.

Ni una cosa ni la otra, responde Dori.

* * *

Lo recuerda al ver el logo de la compañía del móvil, ¡su móvil! Mierda. Eso es lo que ha olvidado. Suerte que aquí hay una sucursal, piensa. Pero cuando se acerca, ve un cartel en la puerta de la tienda... «Próximamente abriremos una agencia a su servicio.» Próximamente no sirve. ¿Cómo podrá comunicarse con Tseela? ¿Cómo podrá decirle a Roni que ha llegado bien? Mira el reloj. Dentro de cincuenta minutos es el embarque. No le da tiempo de regresar a casa. Por otra parte, ya ha dejado atrás el punto de control de pasaportes.

Se cruza con una chica joven con el móvil pegado a la oreja. De pronto se apodera de él un impulso criminal, del tipo de los que le asaltan últimamente a menudo, tropezar con esa chica como por casualidad y hacerse con el aparato. Respira profundamente, deja pasar el impulso y se acerca al café de la terminal. Mientras espera su turno se le acercan dos muchachos y una chica y le preguntan si les haría una foto. Para qué os hace falta una foto, se pregunta, todavía no habéis hecho nada, pero les dice que sí, espera a que terminen de posar –brazos desplegados a los lados como un avión– centra la cruz del foco en el nacimiento del escote de la chica, le da al disparador, devuelve la cámara y pregunta a dónde van. A Quito, dice uno de los chicos, con escala en Barcelona, los observa de nuevo y se pregunta sobre esa panda, dos chicos y una chica que seguro que termina en llanto, y les dice, yo también. Le preguntan cuánto tiempo va a estar en Sudamérica y dice que no sabe, no tiene billete de vuelta, de momento, y la chica le sonrío dejando al descubierto un diente roto, y le dice al chico que está más alejado de ella, lo ves Tobi, te lo dije, así hay que viajar y él responde, pero si compramos el billete de vuelta por ti, eres increíble, y el otro chico, el más cercano, aclara, Noya empieza un master de relaciones internacionales.

Dori asiente con la cabeza, no consigue aún descifrar las relaciones de ese terceto y por un momento piensa en un mundo en el que todos vivieran en trío, cuántos problemas se solucionarían y cuántos problemas nuevos se crearían, piensa que en realidad él también vive en un trío con Neta y Roni. Si necesitas algo, Noya le toca el brazo e interrumpe sus pensamientos, solo tienes que decirlo. Estamos conectados on line para todo. Hoteles, senderismo, precios.

Gracias, nos veremos en el vuelo, dice en un tono mucho más frío

de lo que hubiera querido y ellos retroceden como si los hubiese empujado y se van a lo suyo.

Últimamente, y no está orgulloso de ello, le ocurre a menudo: su tono no se ajusta a la ocasión ni a sus sentimientos. Como si hubiera olvidado cómo comportarse entre las personas que no son alumnos suyos. Como si hubiera perdido la capacidad de entablar una sencilla y cordial conversación, intentar encontrar un denominador común, aproximarse a la gente.

Desde su mesa sigue observando al trío, que no deja de entrar y salir de las tiendas libres de impuestos sin comprar nada. Una gran alegría se desprende de sus gestos, de su modo de andar y de detenerse, del modo en que Noya cada pocos segundos balancea su hermosa y negra cabellera de un lado a otro. Se gastan bromas sin cesar, brindan con grandes copas de vino tinto que han comprado y se fotografían de nuevo junto a la fuente.

Sobre la fuente está el tablón de anuncios de los vuelos. Junto al anuncio de su vuelo dice: EN TIEMPO PREVISTO.

Los amigos de Dori –los antiguos amigos, todos ellos se han convertido en examigos al ser padres–, una vez terminado el servicio militar se fueron a viajar por el mundo. Antes aprendieron español. Asistieron a las conferencias de «Trotamundos». Trabajaron en toda clase de empleos para pagarse el billete. Él no viajó. La necesidad más acuciante al licenciarse no fue salir de vacaciones sino encontrar algo que le hiciera bien, que le restituyera la confianza en sí mismo, y su identidad, borrosa luego de tres años de vigilancia en los pueblos de la franja de seguridad del Líbano. En el campus del Monte Scopus conoció a Roni, que había declarado, haciendo gala del dogmatismo que la caracterizaba, que «todos esos viajes no son más que una huida hacia adelante, un intento de retrasar la entrada a la vida real», lo que puso fin a su idea de ser un mochilero, ya que desde que conoció a Roni y sus almas se fundieron en una, no podía estar sin ella un instante sin que se abriera bajo sus pies un abismo de nostalgia. Sus amigos regresaban de sus largos viajes con regalos de pésimo gusto y con reservas inagotables de bromas privadas. Años después recordaban a veces a una drag queen brasileña que habían visto en el carnaval, o un fallido esquí

sobre arena en Perú y se retorcían de risa. Él también se reía con ellos. Había escuchado la historia tantas veces ya, que le parecía haber estado allí en persona. Ahora, con nada menos que quince años de retraso, él también iba allí. Lo invaden unos ligeros escalofríos por el placer del viaje y, enseguida, para eliminarlos y recordarse a sí mismo el verdadero objetivo de su presencia en el aeropuerto, aparta el café, saca de la bolsa tres fotos de su padre y las extiende sobre la mesa.

La primera fotografía es de fotomatón, su hermana Tseela la encontró en un cajón con sus documentos. Tiene la mirada asustada. La iluminación no es muy favorecedora. El primer plano, cruel. Y aún así, en una foto de fotomatón, su padre sale guapo. Con unos ojos tiernos. Una nariz contundente. Una frente inteligente. Las mujeres siempre le habían dedicado sonrisas. De pequeño, Dori no comprendía por qué, pero al crecer, cuando veía que las niñas de su clase murmuraban y rodeaban a sus padres, comenzó a entender que su padre era un hombre apuesto. Esperaba heredar algo de eso. De una forma u otra. Si no de inmediato, en el futuro.

La segunda foto había sido recortada de una foto del álbum de boda de Tseela. En la original aparece Tseela con el pelo lleno de tirabuzones, junto a ella Aviram, el que fue su marido y, a ambos lados, papá y mamá resplandecientes como dos lunas, con una mano abrazando al más cercano y en la otra blandiendo una copa: mamá un ponche anaranjado y papá con su soda habitual.

De la foto inicial se había recortado la cabeza de papá. Y un pedacito de cuello. Su pelo, que hasta entonces había conservado islotes sin canas, surge como una cresta gigante que se sale del cuadro. La nuez de Adán le sobresale como a todos los varones de la familia (Dori, ¿te has tragado una cucharilla o estás contento de verme?, le preguntó Roni una vez cuando se le acercó en la cafetería de Rajel).

La tercera foto es muy antigua para que sirva de algo pero, de todas formas, la ha llevado consigo. Es la única –de todos los álbumes– en la que aparecen juntos él y su padre. Tseela, por lo visto, estaba ya en el ejército. Mamá hizo la foto, como de costumbre. Era en el monte Hermón, ellos llevan puestos los esquís y los gorros de lana. Negro, el de papá, blanco, el suyo. Tenían casi la misma esta-

tura. Aunque, claro, él no era consciente de ello, solamente tenía quince años y aun no se daba cuenta de su tamaño.

Hacía frío. Se veía porque usaban abrigos abotonados hasta el cuello. Incluso esta foto le pareció a Dori más fresca al tacto que las otras. Sin embargo, aunque hacía mucho frío, en la foto no estaban apretados, sino simplemente uno junto al otro. Nunca se habían abrazado de verdad. No del todo. Ni aun cuando Dori regresó del Líbano, ni en el funeral de mamá, sus abrazos siempre habían sido comedidos; su padre le palmeaba la espalda con una mano mientras con la otra lo mantenía alejado. Esta vez, Dori se hizo una promesa, cuando lo encuentre, me lanzaré sobre él, lo abrazaré con fuerza y no le quedará otra sino devolverme el abrazo.

En la maleta, bien guardadas, hay decenas de fotos de su padre. Alfredo, su enlace en Quito, es reticente al empleo de fotografías, dice, cree solamente en la información, sin embargo puede traer algunas, por si acaso. Así que, el sábado anterior, él y Tseela bajaron los álbumes de los estantes, los hojearon y sacaron fotos de las fundas de plástico, junto con las notas. Mira, las fotos de la excursión al río Yehudya, cuando mamá se torció el pie y papá la llevó en brazos hasta el coche. Aquí está la visita al parque acuático Luna Park, en la que descubrió por primera vez que su padre no era todopoderoso, que el vértigo le impedía montar en la montaña rusa. Y estas son de la casa de Mevaseret, que papá estuvo construyendo durante diez años y en la que no llegaron a vivir porque finalmente mamá no quiso. Mira, dice Tseela señalando con un dedo a su padre con un casco de albañil de pie junto a un andamio. Ahí tiene tu edad. ¿Te das cuenta de cómo se te parece? Qué va, Tsel, no se parece a ninguno de nosotros. Quizás un poco a Aviram. ¡Sinvergüenza! Le lanza una mirada furiosa aún sabiendo que tiene razón. El parecido físico entre Aviram y su padre era tan sorprendente que la primera vez que Aviram fue a su casa para cenar, Dori tuvo que sofo-car las ganas de reír.

Tseela devolvió el álbum del bar mitzvá al montón. Lo siento, se apresuró a disculparse. No quería hurgar más en la herida. A lo que ella respondió, no es por él... yo, sencillamente... estoy preocupada por papá.

Te recuerdo que es el padre de los dos, Tsel, dice Dori. Ha sobrevivido a la batalla más dura de la guerra de Yom Kipur. ¿Qué es para él Sudamérica?

Quizás por eso estoy preocupada, insiste Tseela. Toda esa historia no va con él.

Mete la mano en el bolsillo trasero para sacar el teléfono y mandar un breve texto optimista a su hermana.

Está vacío. No importa. En la escala en Barcelona encontraré un lugar con Internet y le escribiré. *Hagamos un trato*, redacta el correo en su cabeza, *yo encuentro a papá y tú encuentras un nuevo amor. ¿Por qué? Porque te lo mereces. Es verdad, de pequeños, siempre me quitabas los juguetes y siempre tienes algo que decir de todo, pero para mí eres muy valiente, por dejar a Aviram tan de repente, y eres una madre maravillosa para tus hijos. Lo repito, maravillosa. Así que te mereces lo mejor. Y no te preocupes por papá. Es decir, es normal que te preocupes. Pero te prometo que voy a remover cielo y tierra, como si yo fuera tú.*

Se ruega a los pasajeros del vuelo 256 con destino a Barcelona se dirijan a la puerta de embarque –anuncian los altavoces e interrumpen sus pensamientos. Mete las fotografías en la bolsa. La cierra. Se pone de pie. Y se va.

* * *

¡Vaya auriculares que reparten en los aviones! Trata de nuevo de colocárselos en las orejas para que le molesten menos y le viene a la mente que la película *Before Sunset*, *Antes del atardecer*, la habían puesto en el cine Smadar y que le había preguntado a Roni: ¿Quieres que vayamos? A lo que ella respondió que no estaba segura de tener fuerzas para esas bobadas románticas. ¿Te acuerdas dónde...? dijo él intentando reavivar las brasas. Claro que me acuerdo, donde vimos *Before Sunrise*, *Antes del amanecer*, respondió ella con el cansancio de un día de bronca en la oficina, en ese cine, vaya, junto al paseo marítimo de Tel Aviv, después de dejarme tirada. No te dejé tirada, él seguía el guión habitual, solo quería unos días de respiro.

Dos días para ser más exacto. Algo menos de cuarenta y ocho horas sin ella bastaron para que se desmoronara, aunque ninguna de las razones por las que había pedido ese respiro, ninguna de esas funestas premoniciones, se habían resuelto. A él aún le preocupaban las historias de amor de ella, que desde los dieciséis años nunca había estado sola; de hecho, cuando la conoció por vez primera en el taller de percusión de Shlomo Bar, tenía un novio, incluso vivían juntos, lo que no fue obstáculo para que rompiera con él de golpe, con una nota en el frigorífico, en el instante que decidió que quería a Dori. Lo atemorizaba esa frialdad que mostraba a veces. La rapidez con que se desinteresaba de los temas de conversación. O de las personas. La eficiencia con la que se dirigía hacia sus objetivos, los cuales no siempre eran de su agrado. No reinaba la armonía entre ellos en el sentido apacible de la palabra. Ya entonces, reñían a menudo. Mucho más que con sus propios padres, para poner un ejemplo. De casi todas las discusiones, ella resultaba vencedora. Cuando salían de paseo, le abría paso con su andar menudo y veloz, y él debía pedirle que aflojara el ritmo. Alguna vez no querrá hacerlo, ese pensamiento le venía a la cabeza, un día seguirá avanzando y yo quedaré rezagado. A veces, mientras hacían el amor, él tenía la sensación de que era la última vez. Que al terminar, ella se levantaría y lo dejaría plantado. Así que, para evitarlo, se fue él primero. Le dijo que necesitaba «reflexionar», aunque muy pronto sus reflexiones se hundieron en el burbujeante pantano de la nostalgia y del temor, que se había transformado en terror, de perderla, la primera mujer a la que había permitido acercarse al núcleo de su amarga soledad, la primera mujer a la que había logrado contar que en sus sueños aparecían invariablemente Kissinger y De Gaulle sin miedo a que se burlara de él, la primera mujer cuya despierta inteligencia y su modo de pensar lo excitaban, la primera mujer que le había dicho, tienes un cuerpo de escultura griega, y puedo ser fuerte frente al mundo solo porque sé que hay un lugar donde me puedo permitir ser débil, la primera mujer en quien se ha permitido confiar por entero, apoyarse en ella, dedicarse a ella...

Así que, después de dos días de crisis, la llamó para decirle: Vamos a ver una película. Ella preguntó: ¿Eso quiere decir que ya

has terminado de reflexionar? Y él respondió: Me parece que sí, y ella lo esperó en el paseo marítimo, con la falda verde con la que sabía que era irresistible y se acariciaron y se manosearon en la arena, vestidos, como una pareja de colegiales (con qué rapidez llegaba ella entonces), luego fueron a ver juntos *Antes del amanecer* se agarraron de la mano en la oscuridad, como para establecer una eterna alianza, y el contacto de los dedos de ella, aún algo titubeantes, le produjeron un escalofrío que le llegó hasta el cráneo y pensó lo difícil que es saber qué nos espera porque cada decisión tiene algo de apuesta, y le murmuró al oído, te amo tanto, Roni, no tienes ni idea. Ella puso la mano en su entrepierna, acercó la boca a su oído y cantó con voz enronquecida un tema popular, *tienes el corazón desgarrado, no eres nada sin mí, tienes el corazón desgarrado, no eres nada sin mí*.

Y desde entonces hasta esta mañana –diez años–, realmente no se había separado de ella, por su propia voluntad, más de un día.

También han pasado diez años para Ethan Hawke y Julie Delpy entre las dos películas, y a ellos se les notan las marcas del tiempo. A Ethan Hawke –Jesse en la película– se le marcan patas de gallo cuando sonríe. Y Julie Delpy está más triste y pálida. ¿O quizás entonces ya estaba pálida? Salen de una librería, entran en un café, salen del café, pasean por las calles de París y poco a poco, una herida tras otra, aparecen ante Dori los diez años transcurridos entre las dos películas, entre su primera noche sembrada de promesas antes del alba, y lo que acaso se pudiera salvar de esas promesas, antes del crepúsculo.

De pronto la imagen se congela, la voz del comandante de a bordo anuncia que el avión atraviesa una zona de turbulencias. Las azafatas ruegan a los pasajeros que están de pie en el pasillo que regresen a sus asientos y se abrochen el cinturón de seguridad, como si este les fuera a servir de algo si el avión se precipitara en medio del océano. ¿Y si fue eso lo que le ocurrió a papá? A Dori le asalta esta posibilidad. Quizás se montó en un avión ligero para no ir apretujado en un autobús, este se estrelló, y junto con su asiento ortopédico, marca Dr. Gav se desplomó, abajo, abajo, plaf, hacia su muerte. Una aguda imagen le viene al pensamiento: su padre yace en el fondo del mar,

con los ojos abiertos como la boca de un pez, y a su lado su eterno Dr. Gav, y él Dori, se sumerge con un equipo de submarinistas provisto de oxígeno, se abre paso entre peces y corales hasta que llega junto a él y lo abraza de verdad por primera vez. Y última. ¿La mochila flota en el agua o se hunde? Esta pregunta anecdótica emerge de las profundidades de su imaginación. Cesan las sacudidas del avión y la mujer que tiene al lado cierra su libro de Salmos. Alfredo dice que ha investigado en todos los hospitales y todas las compañías que alquilan aviones ligeros y el nombre de su padre no figura en ninguno de ellos. Existe también la posibilidad de que haya volado en un avión privado clandestino para evitar los controles y se haya estrellado, ¿verdad? Insistió Dori. *You're right, mister Dorri*, respondió Alfredo arrastrando la erre, pero hace ya veinte años que estoy en esto. He aprendido a fiarme de mi instinto. Y mi instinto me dice que su padre vive.

El último correo que Tseela recibió de su padre era de dos meses atrás, desde Ecuador. Escribía en él que estaría unas dos o tres semanas sin dar señales de vida y que no se preocuparan. Anteriormente, habían mantenido algunas conversaciones por teléfono que a Tseela le parecieron extrañas. En una de ellas le criticó el modo en que había encaminado su vida. Y que ella en realidad se negaba a ser feliz. Cuando empezó a discutir con él, la interrumpió y le dijo que había cosas que no comprendería hasta que emprendiera un viaje auténtico. En otra conversación les mandó, a ella y a Dori, recuerdos de mamá. La había encontrado allí.

Eso podría haber sido normal si su madre no hubiese muerto un año antes. Y si el que hablaba no fuera su padre. Mani Peleg. Un héroe de guerra. Sensato. Equilibrado. Además, era uno de los más acreditados consejeros estratégicos del país para empresas en crisis.

La compañía de seguros no quiso inmiscuirse. Su padre no es un niño, dijo un agente. Esperen unas dos o tres semanas antes de ponerse nerviosos. No ha suscrito una póliza de repatriación, así que si necesitan nuestros servicios, tendrán que asumir los cargos. Además –les advirtió– deberán de tener en cuenta que, en cuanto inicien este proceso, no podrán mantenerlo en secreto. Este es un país pequeño. Su padre es conocido en el ámbito. Así que deben pen-

sarse dos veces si él desearía estar expuesto de este modo. Puede suceder que dentro de un par de días lo encuentren tomando el sol en una playa de Perú, pero ya no estarán a tiempo de reparar los daños a su reputación.

Siento que está en peligro, le dijo Tseela a Dori. Lo noto en mi cuerpo. Dijo que no daría señales de vida durante dos o tres semanas, no durante dos meses. Papá siempre es muy preciso en estas cosas.

Ve en su busca, le dijo Roni sin quitarle el ojo a su ordenador, es la única solución. Tseela no puede ir, por los niños. Y, de todos modos, tú no sabes qué hacer durante los primeros días de vacaciones. Además nunca os perdonaríais si, finalmente, resulta ser que tiene problemas.

¿Qué tipo de problemas? Estuvo a punto de gritar. ¿Tú también estás histérica como Tseela? ¿También empiezas a notar cosas en tu cuerpo?

Para serte sincera –Roni baja un poco la pantalla del ordenador para poder mirarlo de frente– pienso que está bien y que, simplemente, está disfrutando de su viaje. Aunque, ¿qué tal sería si lo encuentras al cabo de dos días y viajáis un poco los dos juntos. ¿A lo mejor... sería la ocasión... para aproximarnos? ¿No fue la semana pasada cuando confesaste a tu psicóloga que tenías una relación complicada con tu padre?

Eso no fue lo que dije. Dije que me sabía mal haberme resignado a que nuestra relación sea como es.

Pues eso, creo que quizás no debas resignarte.

No sé. ¿Y Neta? Se estremeció. Mientras lo acunaba entre mis brazos, en la sala de partos, juré que sería un padre irreprochable. No un simulacro de padre.

Neta estará bien, respondió Roni. Tiene una madre, sabes. Lo que necesitas –volvió la vista a la pantalla– es un enlace local. Alguien del oficio. No puedes aterrizar en el aeropuerto de Ecuador como si nada, no sabes ni español. Ven, mira, he dado con varias opciones.

¿Opciones? ¿Qué quieres decir? ¿Cuándo has podido? ¿Dónde? En Google, Dori. Siéntate a mi lado un momento.

No busco. Encuentro. Este es el título de la página de Alfredo, que es sin duda la más impresionante de las que Roni le había mostrado.

Bajo el título, una foto: un hombre chaparro, de mediana edad, algo calvo, con un traje que le viene grande. No parece especialmente audaz, no es un Che Guevara, ni un Simón Bolívar, pero en su mirada hay algo turbulento, casi salvaje. La cabeza apuntando algo hacia adelante, como un toro presto a hundir su cornamenta en la muleta, y lleva los botones del pecho de la camisa abiertos. En otras fotos aparece abrazando a sus clientes reencontrados. En ellas, su forma de vestir es otra, más natural: enormes gafas de sol parecidas a las del terrorista Carlos, pantalones con bolsillos, camisa con las mangas cortadas mostrando sus fuertes espaldas. En las fotografías, una sonrisa le ilumina la cara: sorprendentemente vulnerable.

Entre las cartas de agradecimiento y los recortes de prensa que llenan su página, hay un fragmento de un reportaje que le hicieron una vez para el programa *Ver el mundo*. «Un veinte por ciento de mis clientes son israelíes», señala, mientras con la mano acaricia el vello de su torso bajo la camisa abierta. «A veces tengo la impresión de que ustedes, allá en Israel, lo que quieren es perderse.»

Un hijo que busca a su padre, nunca tuve un caso así, contaba a Dori en una de las conferencias telefónicas mantenidas antes del viaje. Tuve una madre que buscaba a su hija. Un hermano a su hermana. Un marido en pos de su mujer. Una mujer en busca de su marido. Pero nunca he tenido un caso como el suyo.

¿Qué me importa los casos que hayas tenido o no?, pensaba Dori. Pero tenía cuidado con lo que decía, porque a juzgar por la página de Alfredo había comprendido que recibía cantidad de peticiones de todo el mundo y solo accedía a ocuparse de las que le apetecían.

Han cesado completamente las sacudidas del avión y la señal luminosa de mantener los cinturones abrochados se ha apagado. La pantalla que tiene frente a él vuelve a funcionar, pero en vez de la continuación de *Antes del atardecer*, ponen un episodio de *Matrimonio con hijos*. Llama a la azafata para comentarle que la película se ha interrumpido a la mitad. Le responde que lo averiguará y volverá para informarle, pero pasan diez minutos y no vuelve. Lástima que Roni no esté aquí, piensa. Ella sabría cómo pedirle a la azafata que vuelva a poner la película, de una manera en que no podría negarse. Se pone de pie, decidido a formar una amplia coalición para

reclamar, pero descubre que la mayoría de los viajeros duerme. El trío de Noya también está adormecido. Está sentada junto a la ventanilla, los ojos cubiertos con un antifaz negro. Tiene las rodillas dobladas, los pequeños pies pegados al asiento delantero. Lleva unos calcetines desparejados. Uno rojo y el otro amarillo.

De repente recuerda que, un día, fue a protestarle a su padre porque no tenía ningún par de calcetines en el armario y su padre le dijo: Pues ponte calcetines desparejados, hijo. Nadie se va a dar cuenta. Él se sorprendió, no era del estilo de su padre sugerirle algo tan provocador y se preguntó si durante todos esos años que su padre había salido a trabajar con zapatos relucientes, llevaba puestos unos calcetines desparejados.

Y un día –eso también le vino a la memoria– habían entrevistado en la radio a un cierto Yakov Jasdai, coronel de la reserva, y su madre había dicho, imagina que Jasdai hubiera obtenido cinco escaños en las elecciones, ¡ahora serías diputado! Su padre replicó, ¿cinco? No obtuvo ni uno solo. Dori se quedó pasmado, pero papá, ¿fuiste candidato al parlamento alguna vez?, no lo sabía. Papá sonrió y dijo con una voz distinta, poco familiar, hay muchas otras cosas que desconoces, Dorinio.

* * *

Cuando abre los ojos no sabe dónde se encuentra. Le lleva unos instantes acordarse, si bien la impresión es extraña, imposible preguntar a la azafata: ¿Perdón, a dónde se dirige este avión? Quito, finalmente surge la respuesta obvia, y con ella se le despiertan los fuertes dolores en la parte baja de la espalda. Intenta ponerse de pie para salir: tiene que pasar junto al pasajero dormido sin despertarlo, poniendo el pie sobre el brazo del asiento. Primero sobre el suyo, luego sobre el del vecino. La maniobra tiene éxito, pero empeora el estado de su espalda. ¡Mierda!, maldice en su fuero interno. Intenta estirar la musculatura en el angosto pasillo, por medio de movimientos circulares de la pelvis. Con el rabillo del ojo se da cuenta de que Noya lo mira y sus movimientos entonces son más conscientes, más moderados. Hasta que la azafata le pide con una tajante cortesía que

tome asiento para dejar el paso libre al carrito de la comida. Mira y se pregunta, ¿qué será?, ¿desayuno?, ¿almuerzo?, aunque no importa. Regresa saltando a su asiento, con la espalda peor –el dolor se extiende del dorso a las rodillas– y piensa, a pesar de lo absurdo de la situación, que no le molestaría tener consigo en ese momento uno de los Dr. Gav de papá.

Su padre contaba con cuatro respaldos ergonómicos distintos. Uno en la oficina, otro en el coche, uno más en el estudio de su casa y, el cuarto, «por si acaso». Cuando Tseela y yo fuimos a despedirnos de él antes del viaje estaba metiendo en su mochila el respaldo ergonómico «por si acaso», el de color gris.

¿Eso no ocupa demasiado lugar?, preguntó Tseela. Él respondió que sí, pero que si pasaba dos días sin su Dr. Gav, los dolores recomenzaban.

Tengo la intención de practicar *trekking*, no estar echado todo el día en una hamaca, subrayó con orgullo. Pronunció la palabra *trekking* de un modo cómico, *tarakking*, pero no tuvieron corazón para corregirlo.

La primera vez que les habló de su intención de viajar fue al regreso de la ceremonia de los treinta días de duelo. La casa ya no estaba invadida de gente como durante los seis días de duelo, que había sido su versión reducida de los siete días que marca la tradición, y en el salón había solamente el núcleo duro de los que amaban a mamá tomando café o té. Sin posavasos bonitos. Con una sola clase de galletas.

Quiero cerrar mi oficina y viajar a Sudamérica, dijo. Ellos no tomaron muy en serio esta declaración, era una más de las cosas insólitas que hacía después de la muerte de su mujer: su hundimiento total, su frialdad durante el entierro, su explosión de cólera al descubrir que Tseela había cambiado las sábanas de la cama de matrimonio privándole así del olor de su madre, el recorte de un día de duelo, porque vuestra madre sabía cómo comportarse, era natural en ella y, sin ella, los invitados lo ponían nervioso, todo ese esfuerzo para parecer amable todo el tiempo.

Unas semanas más tarde del anuncio de su viaje, tenía el despacho repleto de mapas, manuales de español, páginas impresas de re-

comendaciones para excursionistas sacadas de Internet, cuadernos con anotaciones de las conferencias a las que asistió en la tienda Lametaiel, en el centro comercial Dizengoff.

Seguro que vuelves locos a los conferenciantes, dijo Tseela riendo (solamente ella gozaba del privilegio de reírse de él. Dori nunca lo hacía. No porque tuviera miedo, sino porque simplemente pensaba que no era conveniente para su relación). ¡Seguro que se arrepienten del día en que aceptaron dar las conferencias!

Al contrario, sonrió su padre, sin embargo respondió con una seriedad absoluta, creo que están contentos con mis preguntas. Por ejemplo, si Perú y Bolivia tienen monedas distintas, conviene saber en qué frontera se puede obtener un cambio de moneda mejor, ¿no?

Perú... Bolivia... balbuceó Tseela. Qué tienes que ver... dime, papá, ¿qué tiene de malo el «Sendero Nacional de Israel»? ¿Por qué tienes que ir tan lejos?

El «Sendero Nacional de Israel» es agradable, pero conozco ya la mayoría de itinerarios. Casi siempre fui con vuestra madre. Además, es demasiado corto para lo que necesito.

¿Qué quieres decir demasiado corto? ¿Qué necesitas? No entiendo nada. ¿Cuánto tiempo piensas estar en Sudamérica?

No lo sé, hija mía, de verdad no lo sé. Por eso compré un billete solo de ida.

¿Sabes que es peligroso? He leído que cortan los dedos a la gente para robarles la alianza.

Dejaré mi alianza aquí antes de irme.

Pero ¡allí roban los riñones en plena calle, papá! ¡Anestesian a la gente y como si nada les sacan un riñón para venderlo!

Por ¡Dios, mi pequeña Tseela, no es más peligroso que aquí!

Pero, ¿por qué precisamente Sudamérica, papá? No lo entiendo.

¿Sabes cómo llamaron a ese continente cuando lo descubrieron? El Nuevo Mundo. Es lo que necesito en este momento. Un lugar nuevo que no me recuerde nada.

No se va a ir, profetizó Tseela, después de despedirse de él en la puerta —ella con los brazos alrededor de su cuello, Dori con unas leves palmaditas en la espalda— mientras se apartaban para que él no pudiera oírles. Al cabo de dos meses estaba segura: verás cómo

no pasa el examen médico. A su edad, la compañía de seguros no querrá hacerle una póliza sanitaria y ya conoces a papá, no viajará sin seguro. Al cabo de cinco meses aseguraba: no estará dispuesto a plantar a sus clientes. Se siente comprometido con ellos.

Dori no decía nada. Tanto si ella tenía razón como si no, sabía que Tseela necesitaba creer que su padre estaría siempre a su lado.

Entonces ¿seguro que te vas a ir? Le dijo medio año después mientras acariciaba la tela gris de su Dr. Gav. Los niños correteaban de las habitaciones al salón, jugaban al corre-que-te-alcanzo, al escondite, se aliaban dos contra uno. Neta siempre era el que quedaba fuera y Dori procuraba por todos los medios no inmiscuirse. No ir en su auxilio. La psicóloga decía siempre que Neta debía aprender solo cómo comportarse con los niños de su edad y que Dori solo podía perjudicarle si lo sobreprotegía.

¿Veis estos zapatos?, dijo su padre mientras levantaba dos tanques con suelas. Tanto si me creéis como si no, es lo más caro de mi equipaje.

¿No es la cámara fotográfica?, preguntó Dori.

Tomé una cámara sencilla, dicen que las caras atraen a los ladrones. Tampoco es que me guste tanto la fotografía. Era vuestra madre a la que le parecía importante fotografiarlo todo.

Su madre los observaba desde una foto enmarcada colocada sobre el mueble de la televisión y Dori tenía la sensación de que sus ojos se fijaban especialmente en él, prolongando así su secreta alianza en el cuarteto familiar. Fue solo después de su defunción cuando se dieron cuenta de que ella, la fotógrafa familiar, no salía apenas en ninguna fotografía y, confusos, tuvieron que recurrir a sus amigas para reunir fotos suyas y colocarlas en un álbum.

Y... dime, ¿qué han dicho tus clientes, cómo se han tomado lo de tu viaje?, preguntó Tseela con la voz llena de esperanza: quizás de ellos llegaría la salvación.

Imagínate que muchos me dijeron que querían acompañarme, dijo su padre.

¿Y yo, también hubiera querido acompañarlo?, se preguntó Dori. Una sola mirada a Neta, compungido ante sus escandalosos primos, bastaron para saber que no.

Sabes que te voy a echar mucho de menos, papá, dijo Tseela cayendo en sus brazos. Rompió a llorar. Los niños dejaron a Neta para contemplar el prodigio: Mamá, ¿estás llorando?, preguntó el mayor. Ella se secó las lágrimas con la manga de la blusa, atrajo hacia sí a sus dos hijos, colocó a cada uno en una rodilla, esbozó una sonrisa forzada y se dirigió a su padre en una especie de algarabía: *It's just... It's a very difficult período for me. First, mamá. Also things at home tienen problemas. Y ahora you're going away.*

Basta, basta de chantaje, pensó Dori y apartó un poco su silla de la de ellos dos. Y lo peor –se dolió en su fuero interno– es que al final siempre sale ganando. Con su padre funciona. Si te muestras débil, recibes amor. Aún será capaz de renunciar por ella a su viaje.

Para su asombro, su padre solo le puso a Tseela una mano en el hombro y dijo en hebreo, lo siento, mi pequeña Tseela, si mi viaje llega en un momento inoportuno para ti, pero debo partir. No me queda otra solución. ¿Qué es lo que Begin dijo después de la guerra del Líbano? No puedo más.

Es extraño, piensa Dori. Extraño que cite esta frase de Begin. Siempre calificó a este hombre de la calle Tsemaj de demagogo y cuando, después de la guerra del Líbano, renunció al puesto de primer ministro, no derramó por él ni una sola lágrima.

Se despidieron en la puerta de la casa en la que el nombre de su madre aún estaba grabado en la placa. Si necesitáis las llaves, las tienen Janita y Elisha, dijo su padre como por casualidad, sin saber que en poco menos de un mes Tseela, llevando consigo a los niños y alguna ropa, se refugiaría allí en plena noche, y que llamaría al timbre de Janita y Elisha con el codo porque no tendría las manos libres, cinco timbrazos cortos y uno largo, como el claxon de un vehículo bloqueado a causa de un accidente, hasta que finalmente, Elisha, con la sudadera de Beitar Jerusalén, le abriría la puerta, la miraría a ella y a los niños dormidos en sus brazos, y sin mediar palabra descolgaría la llave y se la entregaría.

Vamos, queridos míos, abrazad al abuelo por última vez, dijo su padre cuando las palabras ya estaban de más, y los dos hijos de Tseela se apresuraron a ocupar un lugar en su pecho. Neta, resignado, esperaba su turno en un rincón y Dori se contuvo para no animarlo

a ser más decidido. Chicos, ahora le toca a Neta, dijo su padre. Neta se le acercó, dubitativo. ¿Un palo de lluvia? ¿Ese instrumento indio es todo lo que me pides?, preguntó su padre y Neta asintió con un movimiento de cabeza.

Te va a echar mucho de menos, le dijo Dori a su padre cuando Neta se apartó y él mismo quedó ante él, al descubierto. Intenta llamar lo más posible y mandar fotos por correo. De acuerdo, dijo su padre y le palmeó la espalda cuatro veces en vez de la única de costumbre.

De ninguna forma hubiera podido imaginar en aquel instante, en la puerta, que al cabo de algunos meses él iría en su busca y se encontraría entre el cielo y el océano, volando para Ecuador, frente a una comida con sabor a plástico, con agudos dolores lumbares como si él fuera el herido en la guerra de Yom Kipur, o como si esos dolores de espalda no fueran la secuela de una herida sino una dudosa herencia genética que esperaba su oportunidad para manifestarse.

Alfredo

Lo bueno que tienen los israelíes, piensa Alfredo camino del aeropuerto, es que no hay que vestirse de un modo especial para ellos. Con los norteamericanos nada funciona si no vas de traje y corbata. Si no vas así, simplemente, no te respetan. No les importa que el traje no sea lo más adecuado para nuestro clima, ni que la corbata lleve a la gente de la calle a pensar que eres un jodido banquero. No soporta a esos norteamericanos. Hablan como si llevaran una patata en la boca. Piensan que son los dueños del mundo. Le corrigen su inglés como si él fuera su alumno. Es cierto, no ha ido a la escuela, pero eso no lo convierte en menos inteligente que nadie, ¿eh? El hecho es que, con todas sus escuelas, sus colegios, el dinero que mana de ellos, como de las cataratas del Iguazú, nunca llegan a comprender cómo pudo ocurrir: Pero ¡si mi niña cantaba en el coro de la iglesia! Y gimotean ante las fotos de ella, en la jungla, en *topless*.